

IMÁGENES DE LA DIFERENCIA: LO QUE LA TELEVISIÓN (IN)VISIBILIZA SOBRE LOS OTROS. UNA APROXIMACIÓN AL ESTUDIO DE LAS REPRESENTACIONES MEDIÁTICAS SOBRE LAS DIFERENCIAS SOCIOCULTURALES

Mariana C. Alvarez

Universidad de Buenos Aires (Argentina)

mariana.c.alvarez@gmail.com

Resumen

El objetivo general de este trabajo de investigación fue estudiar las representaciones televisivas de la diferencia cultural. Para ello se analizaron aquellos segmentos audiovisuales que involucran la construcción de imágenes de jóvenes provenientes de sectores sociales diversos, focalizando, en particular, en aquellos adolescentes consumidores de drogas relacionadas con la marginalidad: el paco y el poxiran. Su estudio –y su comparación con los jóvenes consumidores de drogas de diseño– posibilitó un acercamiento privilegiado al estudio sobre las formas en que los medios masivos construyen la diferencia cultural, en este caso, sesgada por un clivaje de clase.

Estudiar las representaciones televisivas de la diferencia cultural nos permitió analizar, por un lado, los enclaves culturales que subyacen al entramado de las relaciones sociales de fuerza, y por otro, los mecanismos simbólicos que emplea el medio para contribuir a retroalimentar las condiciones de existencia de los grupos o sectores que ocupan posiciones más desventajosas en la escala social.

Palabras clave: representaciones mediáticas, diferencia cultural, clivaje de clase, desigualdad.

“La lucha de las clasificaciones es una de las dimensiones fundamentales de la lucha de clases.

El poder de hacer visibles y explícitas las divisiones sociales implícitas, es el poder político por excelencia”.
Pierre Bourdieu (1988)

La televisión como mediadora activa en los conflictos sociales y culturales

Es sabido que los medios de comunicación masiva realizan una construcción de la realidad, en tanto seleccionan y jerarquizan aquellos acontecimientos sociales que, de acuerdo con el termómetro del *rating* y el ansia de mostrar “lo espectacular”, alcanzan el estatuto de ser presentados como noticia.

En ese proceso de elaboración de la información dejan al descubierto el rol que desarrollan en tanto actores sociales y políticos, y es ahí donde se resquebraja su posición –basada en el sentido común– del periodismo como “reflejo de la realidad”.

La tradición de investigadores del campo de comunicación y cultura ha coincidido en señalar el rol destacado que ocupan los medios masivos no sólo por tener un acceso privilegiado al discurso público (van Dijk, 1997) sino también por el papel que desempeñan en la producción y circulación de sentido (Hall, 1980; Williams, 1981; Verón, 1987). Y aunque importantes investigaciones (Morley, 1996, Curran, 1981) desde el enfoque de los Estudios Culturales mostraron que el poder sobre sus públicos o audiencias es más limitado de lo que se suponía en los primeros abordajes críticos, no debe soslayarse su potencial de mediadores activos e intermediarios simbólicos (Martín-Barbero, 1987, Bourdieu, 1999, Wortman, 2005).

Respecto de la importancia del estudio de la circulación de las representaciones sociales en la cultura, de Certeau sostiene que una representación permite comprender cómo una verdad se hace creíble para una sociedad determinada (de Certeau, 1999). En este sentido, es pertinente resaltar que las imágenes mediáticas son una construcción de sentido producto de una operación de selección y síntesis donde intervienen las gramáticas de producción y de reconocimiento (Verón, 2001). Esto no constituye un dato menor, puesto que nuestro propósito no es discernir sobre la veracidad o no de ellas, ni su correspondencia con el objeto representado, sino más bien, poner de relieve su carácter de matriz reguladora de pensamiento (Prendergast, 2000) así como de fuerza activa en la construcción social de la realidad (Bourdieu, 1988).

Las representaciones mediáticas no sólo hacen visibles y permiten el conocimiento de los distintos sujetos, grupos y sectores, sino que además construyen un *horizonte de percepción* (Cebrelli y Arancibia, 2008), donde se combinan formas de exponer y mostrar, con las operaciones de nombrar, clasificar y especialmente categorizar a los agentes representados, otorgándoles un lugar en una (determinada) jerarquía social. Esto supone, pues, la construcción de una forma de ver y de significar el mundo, y de los lugares que se ocupan en él (Bourdieu, 1988).

Esto se torna aún más significativo en el caso del discurso televisivo, por su pregnancia en la conformación del sentido común

(Gramsci, 1963) y por el lugar destacado que ocupa este medio en la vida cotidiana (Silverstone, 1994).

A partir de lo planteado por Martín-Barbero (2001), creemos que el estudio de la televisión es fundamental para desnaturalizar la capacidad que tiene este dispositivo para construir presente descontextualizado y deshistorizado (Martín-Barbero, 2001), así como también revisar y cuestionar el desdibujamiento del conflicto (2001) en sus representaciones.

Es así como, en esta oportunidad, pretendemos aproximarnos al estudio y comprensión del tratamiento de los conflictos más nimios, más sutiles que se dirimen en la televisión, y analizar cómo opera el discurso televisivo –en sentido amplio– en la construcción del *otro* social y cultural.

Un estudio de caso

A partir de una visualización sostenida en el tiempo de extractos audiovisuales de la televisión argentina (1) sobre jóvenes que consumen sustancias psicoactivas –comúnmente llamadas drogas– advertimos, a primera vista, que las representaciones mediáticas en torno a ellos, construyen “clases de sujetos diferentes”.

Y fue esta pregunta, justamente, la que nos impulsó a adentrarnos en nuestro trabajo de investigación: si todos y cada uno de estos jóvenes son consumidores de drogas, y “lo distinto” (de esas representaciones) no mantiene relación con la característica de ser una droga del tipo legal o ilegal, nuestra inquietud fue –y sigue siendo– comprender *cómo se produce esa diferencia*.

El corpus estuvo delimitado por aquellos programas de la televisión abierta argentina del género informativo, y específicamente los noticieros, y los llamados periodísticos testimoniales o periodísticos documentales –de los años 2005, 2006, 2007 y 2008– entre ellos: “*Cámara Testigo*”, “*Crónicas Extremas*”, “*La Liga*”, “*GPS*”, “*Blog. Periodismo de autor*”, “*Ser Urbano*”, por mencionar sólo algunos.

Para este trabajo de investigación, se abordaron las representaciones televisivas que involucran la construcción de imágenes de jóvenes provenientes de sectores sociales diversos, focalizando, en particular, en aquellos adolescentes consumidores de drogas relacionadas con la marginalidad: el paco y el poxiran. Su estudio –y su comparación con los jóvenes consumidores de drogas de diseño– posibilitó un acercamiento privilegiado al estudio sobre las formas en que los medios masivos construyen la diferencia cultural, en este caso, sesgada por un clivaje de clase.

Estudiar las representaciones televisivas de la diferencia cultural nos permitió analizar, por un lado, los enclaves culturales que subyacen al entramado de las relaciones sociales de fuerza, y por otro, los mecanismos simbólicos que emplea el medio para contribuir a retroalimentar las condiciones de existencia de los grupos o sectores que ocupan posiciones más desventajosas en la escala social.

Si bien la representación mediática de la marginalidad ha sido trabajada ya en el campo de la comunicación y la cultura, nuestro proyecto pretende indagar la particularidad del momento donde se produce una sobrerrepresentación de los marginados y de sus prácticas, en simultaneidad con la emergencia de nuevos ciclos televisivos que tendieron a mostrar de manera más cercana la vida de éstos actores.

Esta estrategia enunciativa (Maingueneau y Chareau, 2005) se consolida en la televisión actual –respecto a lo acontecido en la agenda mediática de los años 90– poniendo en escena a los más desprotegidos de manera privilegiada, mientras que construye un enunciador portador de un saber que legitima su visión de mundo, que además comparte con su enunciatario –aunque no necesariamente con el espectador real– su mirada de clase en la que el *otro* es un tercero excluido, aquel del que se habla.

Tomando las consideraciones de Bourdieu (1988) acerca del papel destacado que tiene la dimensión simbólica (de lo social) respecto de la naturalización y reproducción de las relaciones de dominación, postulamos como objeto el relevamiento y análisis de la producción y circulación de argumentos sobre la marginalidad que se sustentan en formas de clasificación social, categorías de distinción, formas de jerarquización y valoraciones morales.

De este modo, el estudio de las citadas representaciones televisivas tuvo por objeto, por un lado, deconstruir (al tiempo que problematizar) su producción, y por otro, ponerlas en relación con el contexto social, político y cultural en el que se hacen visibles los actores implicados.

La hipótesis que guió el presente trabajo fue que éstas constituyen no sólo una variante imprescindible en la persistencia de los procesos culturales y simbólicos de la diferencia cultural, sino que además resulta una dimensión constitutiva de las relaciones de igualdad-desigualdad.

Es así como, si bien estos nuevos ciclos televisivos, por un lado, se constituyen como espacios de visibilidad, por otro, resultan construcciones de sentido que invisibilizan, disimulan, ocultan, escamotean y desdibujan el conflicto social.

Sobre el poder de nombrarlos

La manera de nombrar algo o designar a alguien se inscribe en una de las luchas fundamentales que es la disputa por la

imposición del sentido legítimo. Según Bourdieu (1985) la dimensión discursiva constituye una práctica social; y por ello, el acto de designar o denominar a otro es el acto mismo que produce la existencia de aquello que enuncia (Bourdieu, 1985).

Las modalidades de narración que emplea el medio para relatar los acontecimientos nos permiten conocer las particularidades que intervienen en la construcción de los actores involucrados; este hecho, a su vez, nos posibilita analizar el margen de inclusiones y exclusiones y el modo en que éstas adquieren sentido en el conjunto del texto audiovisual.

Los jóvenes que consumen drogas tales como poxiran (2) o paco (3) –sustancias que usan los sectores más desfavorecidos– son nombrados a través de términos peyorativos, caracterizados discursivamente mediante el uso reiterado de estereotipos que devienen en estigmas sociales y que se erigen sobre la base de prejuicios y valoraciones negativas.

Así es como encontramos fragmentos que remiten a su condición de “chicos de la calle”, “chicos de la estación”, “hijos de la calle”, “chicos de la fuente”. Este tipo de nominación está acompañada de caracterizaciones que los ubican como actores sumamente pasivos, asociados a situaciones de pobreza y marginalidad, y sin posibilidad alguna de superar sus condiciones de existencia.

De este modo, ellos son representados a partir de aquello que Grignon y Passeron (1991) denominaron miserabilismo, puesto que se hace hincapié en la carencia, en aquello que no son, y, en aquello que no tienen.

Asimismo, y a través del empleo de ciertas formas lingüísticas se los asocia a situaciones sociales que establecen de manera implícita relaciones de tipo causales: “chicas de la calle y prostitución”, “marginalidad y delincuencia”, “consumidor y violencia” –entre tantas otras– cuyo sustento es la atribución de acciones y valores perniciosos e ilegítimos. Así, se consideran los usos y las prácticas de estos jóvenes como la consecuencia lineal y directa de su contexto de miseria y marginalidad.

Esto no hace más que (re)marcar su “extranjería” mediante la construcción de guiños para un destinatario de clase media que constantemente renueva y reedita sus prejuicios hacia el *otro*.

Este tipo de caracterizaciones se enmarca en el proceso de configuración de los miedos que experimentan algunas personas en relación con la percepción del *otro* social. Éste pasa a ser considerado como una amenaza y un riesgo para la sociedad en su conjunto.

A través de mecanismos simbólicos de construcción de los actores, se marca a los sujetos mediante etiquetas conceptuales, donde se homologa, en este caso, al consumidor a un ser “extraño”, “peligroso”, “enfermo”, “violento”, “delincuente”.

Aquí se pone en juego la configuración del *otro* a través del miedo. Rafael Vidal Jiménez (2005) sostiene que en las sociedades modernas el miedo funciona como un gran dispositivo de poder psico-socio-cultural emplazante: *miedo al otro y miedo a lo otro*.

Esto nutre los argumentos que tienen como eje central el rechazo violento a todo lo que no se ajusta a los parámetros sociales y culturales hegemónicos. El miedo refuerza su poder disciplinante y va moldeando los discursos e imaginarios acerca del *otro* como enemigo potencial.

Esto contribuye a alimentar un imaginario donde se percibe todo acto de violencia y discriminación –hacia algunos sujetos– como algo natural y aceptable, sin cuestionamiento alguno, y donde tienen lugar soluciones simplistas para un fenómeno tan complejo como la marginalidad y el consumo de drogas.

Más aún, su tematización redundante en detalles que caracterizan y clasifican a los sujetos, sin embargo, no se problematiza de ningún modo esta situación: esto es, pues, el sujeto se convierte en el objeto del problema. Pero nunca hay pregunta alguna que refiera a cómo han llegado estos jóvenes a vivir en situaciones tan extremas.

Ahora bien, los informes que muestran a los jóvenes que consumen drogas de diseño (éxtasis, popper, LSD, entre otras), además de ser cuantitativamente inferior en horas de pantalla, valoran sus prácticas como transgresiones propias de la juventud, a lo sumo, como “excesos de fines de semana”.

Estos jóvenes son caracterizados como personas “divertidas”, aunque algo rebeldes, que buscan disfrutar de la noche y de nuevas sensaciones, haciendo un uso recreativo de la sustancia que consumen.

En aquellos casos donde el consumo excesivo pone en jaque la vida de alguno de ellos, estos jóvenes son denominados “víctimas” del uso abusivo de alguna de estas sustancias.

Esto mantiene una estrecha relación con el modelo de la doble moral, al cual hacen referencia Silvia Kuasñosky y Vanina Leschziner (4) donde postulan que las mismas acciones reciben apreciaciones y valoraciones diferentes según el grupo que las lleve adelante.

Al respecto, pudimos observar que el medio televisivo construye simbólicamente fronteras o puentes donde circula siempre y de manera implícita el antagonismo: nosotros/ellos. Esto se (re) produce y se materializa en las distancias lingüísticas que establecen para comunicar cercanía o lejanía entre: lo propio y lo ajeno, lo normal y lo anormal, lo alto y lo bajo, lo legítimo y lo ilegítimo, lo prestigioso y lo vulgar.

Son las palabras quienes contribuyen a edificar aquellas fronteras desde donde: se señala a unos mientras se esconde a otros, se

prejuzga a unos mientras se aceptan las acciones de los otros, se criminaliza a unos mientras se desresponsabiliza a otros, se desvaloriza a unos mientras se embellece a otros; y sobre todo, donde se integra a unos mientras se excluye a otros.

Y esto devela un trato desigual que tiene su correlato y fundamento en las diferencias sociales y culturales propias de cada grupo, o mejor, la distancia social que existe entre ambos.

En esta línea, Bourdieu (1990) plantea que la designación y la denominación son una manera particular de ejercer el poder. Con esto refiere al empleo de los sistemas de clasificación y categorización (que conllevan estructuras cognitivas y evaluativas), es decir, los nombres que construyen y expresan la realidad social, puesto que allí se disputa la imposición del principio de visión y de división legítimo.

Nombrar, designar, denominar constituyen las diferentes maneras de instituir a los otros, es decir, de ubicar simbólicamente a un agente en el espacio social. Y esto sólo es posible cuando unos tienen el poder legítimo de nombrar(se) y por ello, la capacidad para nombrar a aquellos *otros*, desprovistos de ese acceso y lugar de privilegio.

Las estrategias discursivas utilizadas por los medios audiovisuales para presentar los acontecimientos y construir a los actores de los sectores más postergados vehiculizan valoraciones negativas, jerarquizaciones, formas de discriminación, violencia y exclusión. Su empleo constituye una forma de reproducir formas de poder (en su dimensión simbólica). Este hecho tiende a justificar la visión de mundo y la posición social de aquellos sectores más acomodados.

Sobre el poder de situarlos

Hemos advertido una marcada tendencia a reponer los *escenarios*, esto es, pues, los espacios geográficos donde se localiza a los jóvenes, así como la descripción pormenorizada del ambiente social y económico donde se mueven unos y otros.

En general los paqueros (5) así como los chicos poxi (6) son identificados con los barrios del sur de la ciudad de Buenos Aires –la zona más desfavorecida y olvidada de la Capital Federal– y, también, con las ciudades o pueblos de aquellas provincias más humildes.

Mientras que los jóvenes consumidores de éxtasis son referenciados a partir de los barrios cerrados o la zona norte de la Ciudad o el Conurbano.

Al momento de recrear los escenarios de los “pibes poxi” y los paqueros, se seleccionan extractos audiovisuales de calles urbanas, oscuras y solitarias. Estos jóvenes son mostrados a partir de imágenes que los asocian de manera lineal con su estadía en la calle. Se los observa asentados en terrenos baldíos, echados sobre colchones y pedazos de cartones o retazos de tela, rodeados de bolsas de basura y desechos, recostados sobre escaleras de estaciones de tren y subte, debajo de puentes o en bancos de plazas.

Esta referencia temática se sustenta, también, en las acciones por medio de las cuales son identificados los pibes poxi, puesto que remiten, también, a “la calle”, como lugar de estadía y residencia. Se los muestra deambulando, rondando y pidiendo monedas, también se los ve limpiando vidrios en los semáforos o recorriendo andenes de tren y subte.

Pero también hay otras imágenes donde se los ve dando vueltas por lugares donde transita mucha gente como plazas y estaciones, caminando y rondando entre la muchedumbre, que ante miradas esquivas e indiferentes, se pasean aspirando sus bolsitas con pegamento.

Están en movimiento constante, circulando por la vía pública, y habituados al ritmo de las rutinas porteñas del mundo adulto. Es como si la calle fuera su lugar de residencia.

Los paqueros, por otro lado, siempre son identificados con imágenes grises: fachadas de fábricas abandonadas, casillas de madera lindantes a la vía del tren, paredones despintados, esquinas sin gente, descampados.

Tanto a los paqueros como a los “pibes poxi” se los muestra siempre solos, se los expone en su individualidad, no hay familia ni amigos. Las entrevistas televisivas hacen foco en su soledad, circulando por las calles y entre desconocidos, sin rumbo fijo, simplemente andando.

Sin embargo hay momentos en que se los muestra con sus pares, y la cámara los registra mediante planos cortos –generalmente primeros planos– jalando (7) poxi o fumando la pipa de paco. Se juntan especialmente para hacerlo, porque según cuentan “la bolsita se comparte”, y “la pipa se fuma entre varios”.

La mirada subjetiva a través de la cual la cámara captura a estos jóvenes utiliza de manera redundante los planos cortos, esto es, los primeros planos y los planos detalles, especialmente sobre sus manos –donde se observa la bolsita de pegamento o las pipas– o sobre sus rostros.

Si bien, durante estas secuencias su identidad está (semi) velada por efectos técnicos aplicados al momento de la edición (efecto mosaico o esfumado) y en ocasiones, estas imágenes son registradas mediante una cámara infrarroja, en todos los casos, el moviero les pregunta su nombre, su edad y el lugar de tránsito o residencia habitual, hecho que facilita –y hace posible– su

localización e identificación.

Asimismo, hay una propensión a mostrar las viviendas y los lugares que habitan los jóvenes que consumen tanto paco como poxi. Las cámaras ingresan a sus casas hasta registrar todos sus rincones. Esto deja en evidencia las condiciones miserables en las que viven, sin embargo ninguno de los informes problematizan sus causas y esta situación tan extrema en la que viven.

En tanto, los jóvenes que consumen drogas de diseño son expuestos en lugares que se dicen “exclusivos”, y asociados a bienes de consumo que otorgan cierto estatus social. A ellos se los ve llegar siempre en grupo, con amigos, escuchando música a alto volumen, y en camionetas o autos importados.

Los segmentos que versan sobre ellos se arman a partir de imágenes de distintas fachadas de discos (8) o imágenes de archivo del interior de lugares bailables. Allí, la cámara le otorga preponderancia a la masa de jóvenes moviéndose al ritmo de la música mediante planos generales que abren y cierran según el objeto que captura la cámara para recrear el lugar: la bandeja del *disc jockey*, las luces de colores, la barra, entre otras cosas más. El juego de luces acompaña al armado de las escenas; una especie de claroscuro va delineando el recorrido del compilado audiovisual. El juego de luces acompaña al armado de las escenas; una especie de claroscuro va delineando el recorrido del compilado audiovisual.

Generalmente la voz en off construye el relato acompañada por una vertiginosa sucesión de imágenes que construye la imagen de jóvenes divertidos, alegres, que disfrutan del momento de placer y distensión.

Ellos, a diferencia de los paqueros y los “pibes poxi” son muchos, están siempre en grupo, y a través de lo que muestran las imágenes casi resulta imposible identificarlos en su individualidad.

De lo anterior, nos surge la pregunta: ¿por qué mientras unos están sobre expuestos los otros no son mostrados en su individualidad?

Estas características territoriales y espaciales constituyen un elemento central a la hora de analizar la configuración de sentido en torno a los grupos de jóvenes. Dicha organización socioespacial construye un correlato con los límites urbanos geográficos y mantiene una estrecha relación con las condiciones económicas, sociales y culturales de los actores.

Sobre este tema, Grimson refiere a “una territorialidad en degradé” (2000) que separa a la ciudad en dos grandes bloques: norte y sur. Esta liminaridad se hace explícita en el relato sobre la construcción de los actores, a través de sus hábitos, sus prácticas y bienes de consumo.

La ciudad también refleja la disposición de los agentes en el espacio social, su diferenciación social y cultural. Es allí cuando el discurso televisivo recupera esas divisiones materiales y simbólicas y las convierte en relatos sobre la diferencia. Aunque omite, pues, dar cuenta de los procesos socio históricos que trajeron aparejado la distribución y apropiación desigual por parte de unos y en detrimento de otros.

Para los jóvenes de los sectores marginales la calle no es sólo un lugar de tránsito, ni la vía para trasladarse de un sitio a otro. Es el lugar de rodeo, de transición, de intercambio, de estadía, de residencia, de trabajo. Y esto, podemos decir, no es por elección. Sino más bien, y retomando lo propuesto por Elbaum (9) “la calle es el único ámbito de socialización ante la clausura simbólica y material de los consumos inaccesibles” (1996).

Es así como dichos relatos –al igual que la ciudad– están atravesados por fronteras invisibles ante miradas distraídas y esquivas. Aunque son límites bien marcados para quienes perciben la hostilidad y sienten la incomodidad de saberse en territorio ajeno.

Sobre el poder de hacer (in)visibles las diferencias reales

Algunos informes tematizaron un acontecimiento que, a nuestro entender, pone en jaque lo antedicho hasta el momento. Una serie de segmentos audiovisuales presentaron como noticia que el paco, conocida como la droga de los pobres, había llegado a los jóvenes de la clase media. Así titulaban algunos informes: “Paco en la clase media: se extiende la droga de los pobres” (Noticiero, mayo de 2005); “El paco cruzó la frontera social” (Noticiero, julio de 2006); “La clase media saltó el cerco social” (Noticiero, junio de 2005).

La llegada del paco a la clase media se presenta como un hecho noticiable. Sin embargo, y luego de haber visualizado y analizado los fragmentos, esta presentación del suceso se diluye en el plano de la enunciación.

Lo llamativo de estos informes es que se elaboraron con imágenes de archivo que habitualmente se usan para hablar de los paqueros. Allí se observa a los jóvenes de los sectores más desfavorecidos armando y fumando cigarrillos, transitando por los laberintos de las villas, aislados en descampados, manipulando los materiales con los que arman su pipa.

La pregunta es, si la noticia es que el paco llegó a la clase media, ¿Por qué se expone nuevamente a los paqueros? ¿Por qué el medio no muestra a estos nuevos consumidores?

Al respecto, podrían ensayarse varias ideas tendientes a comprender la sobreexposición de los jóvenes marginales al tiempo que el resguardo con el que se tematiza el consumo de los jóvenes de clase media. En un principio, podríamos decir que las

representaciones mediáticas de los paqueros alcanzan un punto de inflexión cuando este objeto de consumo y signo de identidad-diferencia de los sectores populares es incorporado a las prácticas de consumo de los sectores medios.

Esto pone en evidencia dos cuestiones: por un lado, el falso carácter de los esencialismos presentados en los mensajes audiovisuales (producto de las construcciones mediáticas) y, por otro, la ausencia de la pregunta por el entramado de fuerzas históricas, económicas y socioculturales que forjaron las condiciones de existencia de unos y otros.

¿Cómo se sostienen, entonces, los argumentos que fundamentan las construcciones identitarias relacionadas a los paqueros?

A partir de lo planteado por Lamont y Molnar (2002) podemos ensayar algunas respuestas posibles. La categoría de *fronteras simbólicas* resulta crucial para comprender cómo operan ciertos mecanismos para producir y establecer distancias y demarcaciones culturales, como así también nos permite analizar cómo los agentes –y en nuestro caso particular el medio televisivo– construyen a los grupos como semejantes o diferentes.

Esto contribuye al estudio de los modelos cognitivos que construyen los medios y que vehiculizan la inclusión o exclusión de unos y otros. Y también, nos ayuda a comprender un elemento fundamental de toda identidad que es su carácter relacional.

Como señala Sahlins (1997), en sí misma la diferencia cultural no tiene ningún valor puesto que la identidad no es una esencia sino más bien un *posicionamiento* (10) siempre construido y en proceso. De allí, surge inevitablemente esa oposición imaginaria que demarca un nosotros y un ellos sobre la base de todas las identidades sociales, puesto que el elemento central de toda identidad es su carácter relacional (Augé, 1996; Grimson, 2001). Al respecto, Holloway (2002) plantea que la identidad supone una construcción que se elabora socialmente a través de prácticas y representaciones relacionadas dialécticamente, aunque no por ello debe interpretarse como un proceso puramente subjetivo e ilusorio de los sujetos. Por el contrario, la identificación posee eficacia social: “la definición, la clasificación es un proceso tanto físico como mental” (Holloway, 2002: 115).

Siguiendo a Grimson “ningún grupo o persona tienen una identidad, ninguno de ellos tiene alguna esencia. Las personas o los grupos se identifican de una manera o de otra en contextos históricos específicos y en el marco de relaciones sociales localizadas” (2000).

De este modo, al tiempo que construyen un “nosotros” definen un “ellos”; así es como los paqueros y los chicos poxi son contruidos como el *otro social* en tanto alteridad radical en relación a los jóvenes que consumen drogas de diseño. Allí donde hay un “nosotros” que circula de manera implícita en los mensajes audiovisuales, el medio se devela como actor social.

Retomando lo antedicho, las fronteras no son naturales ni esenciales, sino más bien construcciones de inclusión y exclusión entre los grupos sociales. Si tenemos en cuenta esto, y, ante el fenómeno: “la clase media cruzó la frontera: consume paco”, se deja entrever que en dichas representaciones el consumo (de drogas) se erige no sólo como el lugar propicio para el estudio de las relaciones de igualdad-desigualdad, sino también como escenario donde se continúa el conflicto entre las clases sociales.

A lo largo del informe, hemos visto cómo el discurso mediático no sólo construye sujetos diferentes a través de su denominación, caracterización, sistema de clasificación y categorización, sino también que lo hace sobre la base de posicionamientos morales respecto a las prácticas y los consumos de unos y otros, puesto que el paco, el poxiran, el éxtasis, el popper, la ketamina, son drogas ilegales por igual (para su tenencia, su tráfico y su consumo).

Entonces, ¿dónde radica esa *diferencia*? Justamente en aquello que los segmentos audiovisuales no muestran, no exponen, no indagan, no tematizan, no cuestionan.

Se muestra al consumidor de paco, pero no se problematizan las causas que han llevado a los jóvenes a vivir en esas condiciones tan miserables de existencia. No son “muertos en vida” –como son presentados en los informes periodísticos– porque inhalan pegamento o fuman paco, puesto que quienes consumen sustancias tan nocivas y tóxicas como ellos, no se mueren. Entonces no es el paco. Son todas las necesidades básicas insatisfechas producto de la vulneración de sus derechos básicos: alimentación, vivienda digna, sistema de salud, educación, trabajo.

Sin embargo, en estos recortes audiovisuales, la exclusión se presenta más como un destino que como el resultado de una asimetría social. Y no hay pregunta alguna al respecto.

Todo ello tiende a ubicar en posiciones desiguales a los sujetos implicados. Las diferencias existen, pero al obviar su génesis socio- histórica –hecho que estas imágenes desatienden–, se vuelven invisibles. Y que en todo caso, la práctica social de su consumo, es un espacio más donde aquellas relaciones de igualdad-desigualdad se dejan ver.

Grimson sostiene que, generalmente, en la historia de la percepción de las alteridades, se pone en juego “la articulación entre la producción de las diferencias y las relaciones de desigualdad” (2000). En consonancia con esta idea, podemos agregar que la construcción del *otro social* y cultural resulta una producción activa y estratégica, que contribuye a reproducir en el plano simbólico las condiciones de existencia de unos y otros.

Representaciones como éstas no hacen más que reproducir la distancia social entre los diversos grupos o sectores, y plantear un escenario donde sólo parece posible la convivencia entre semejantes.

Revisar y analizar dichas representaciones es un intento más por comprender el principio de división entre las clases sociales; advertidos, ahora sí, sobre cómo el medio televisivo puede o no reproducir a la vez que legitimar maneras de identificación-diferenciación así como formas de igualdad-desigualdad.

Algunos comentarios finales

Una de las primeras cosas que nos interesa resaltar sobre lo observado es la falta de referencia a las relaciones y a los procesos sociales que originan situaciones de marginalidad y exclusión.

Si bien se describen, incluso de manera exhaustiva y excesiva, las condiciones en las que viven los jóvenes de los sectores más postergados, en ningún momento se alude al entramado de privaciones múltiples: socioeconómicas, culturales, simbólicas. Y como consecuencia de ello, podría pensarse que las imágenes de estos jóvenes cuyo acento fue puesto en las diferencias socioculturales pierden su entidad socio- histórica. Y por ello, son recreados parcialmente poniendo el énfasis en relaciones causales y unívocas.

En los últimos tiempos, los medios de comunicación masiva se presentaron, para gran parte de la sociedad, no sólo como constructores de realidad sino también como jueces morales del acontecer político y social.

Por ello, la “mirada” que le otorgan a los hechos y la construcción de los acontecimientos a partir del tratamiento de la información, si bien no es determinante, sí refuerza la consideración de ciertos imaginarios sociales.

Y así es como la (in)diferencia de las imágenes narra las desventuras de los más urgentes, a la vez que invisibiliza el poder de división, naturalizando las diferencias sociales y culturales, y legitimando, pues, el principio de visión de los más acomodados socialmente.

Notas

- (1) Noticieros y programas del género periodismo de investigación.
- (2) Término utilizado para referirse a un tipo de pegamento sintético llamado Poxiran.
- (3) Es el desecho del proceso de elaboración de la cocaína.
- (4) En el artículo “El Lugar del Otro”, del libro *La Segregación Negada* de Mario Margulis y Marcelo Urresti.
- (5) Nombre con el que se conoce a los jóvenes que consumen paco.
- (6) Nombre con el que se conoce a los jóvenes que consumen pegamento poxiran.
- (7) Es el término que utilizan los jóvenes para hacer referencia a la práctica de aspirar pegamento.
- (8) Es un lugar bailable donde concurren los jóvenes.
- (9) En su artículo “¿Qué es ser joven?”, en *La Juventud es más que una palabra. Ensayos sobre cultura y juventud*, Mario Margulis y Marcelo Urresti. Ed. Biblos, 1996.
- (10) Para ampliar ver Hall, Stuart. “Identidad cultural y diáspora”, en *Pensar (en) los intersticios. Teoría y práctica de la crítica poscolonial*. Colección Pensar. Instituto de Estudios Sociales y Culturales, Bogotá, 1999.

Bibliografía

- Augé, M. (1996): *El sentido de los otros. Actualidad de la antropología*, Barcelona, Paidós.
- Bourdieu, P. (1988): “La codificación” y “Espacio social y poder simbólico”, en *Cosas Dichas*, Buenos Aires, Gedisa.
- [1979(1999)]: *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus.
- (1990): “La juventud no es más que una palabra”, en *Sociología y Cultura*, Colección Los Noventa, Méjico, CNCA, Grijalbo.
- Cebrelli, A. y Arancibia, V.: (2008): “Las tram(p)as de las representaciones. Apuntes para el análisis de las coberturas mediáticas de problemáticas referidas a pueblos originarios”. Carrera de Ciencia de la Comunicación / U.N.Sa. Ponencia presentada en las XII Jornadas Nacionales de Investigadores en comunicación, Sta. Fe, Rosario, 16 de octubre de 2008.
- de Certeau, M. (1996): *La invención de lo cotidiano I. Artes de Hacer*, Méjico, Universidad Iberoamericana, Méjico.
- Galindo Cáceres, Jesús. “Etnografía. El oficio de la mirada y el sentido”. En: *Técnicas de investigación en Sociedad, Cultura y Comunicación*. Prentice may, México, 1998. pg. 348.
- García Canclini, N. (2004): *Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la interculturalidad*, Barcelona, Gedisa.
- Gramsci, A. (1963): “La formación de los intelectuales”, en *La formación de los intelectuales*. Buenos Aires, Enlace, Grijalbo.
- Grignon, C. y Passeron, J. C. (1991): *Lo Culto y lo popular: miserabilismo y populismo en sociología y en literatura*, Nueva Visión.
- Grimson, A. (2001) *Interculturalidad y comunicación*, Buenos Aires, Ed. Norma.
- The Making of New Urban Borders. Neoliberalism and protest in Buenos Aires. Universidad Nacional de San Martín.

CONICET.

Hall, S. (1980): "Enconding/Deconding", en Hall Stuart *et al.* (eds.): *Culture, media, language*, Hutchinson, Londres.

Holloway, J. (2002) *Cambiar el mundo sin tomar el poder*. Bs. As.: Herramienta

Kuasnosky, S. y Leschziner, V. (1999) "El lugar del otro. Reflexiones a partir de un estudio en el barrio de la Boca", en *La segregación negada, Cultura y discriminación social*, Buenos Aires, Biblos.

Lamont, M. y Molnar, V. (2002): "The study of boundaries in the social sciences", *Annual review of sociology*, nº 28.

Charaudeau, P. y Maingueneau, D. (2005) *Diccionario de análisis del discurso*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Martín-Barbero, J. (1987): *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*, Barcelona, Gilli.

Martín-Barbero, J. (2001): "Introducción", en Rincón, Omar (comp.). *Televisión pública: del consumidor al ciudadano*, W.AA.

Convenio Andrés Bello, Bogotá.

Morley, D. (1996): *Televisión, audiencias y estudios culturales*, Buenos Aires, Amorrortu.

Prendergast, C. (2000): *The triangle of Representations*. Columbia University Press, Nueva Cork-Chischester, 2000.

Sahlins, M. (1997): "O pesimismo sentimental e a experiencia etnográfica: por qué a cultura ñao é um "objeto" em via de extinção" (parte I y II), en *Mana*, Río de Janeiro

Silverstone, R. (1994): *Televisión y vida cotidiana*. Buenos Aires. Amorrortu.

Van Dijk, T. (1997): *Racismo y análisis crítico de los medios*, Buenos Aires, Ed. Paidós

----- (2000 b) (comp.). *El discurso como interacción social. Estudios sobre el discurso II. Una introducción multidisciplinaria*. Barcelona, Gedisa

Verón, E. (1987): *La semiosis social*. Barcelona, Gedisa.

Vidal Jiménez (2005): *Capitalismo (disciplinario) de redes y cultura (global) del miedo*, Bs. As., Ed. Del Signo.

Williams, R. (1981): *Cultura –Sociología de la comunicación y del arte*. Barcelona-Buenos Aires. Paidós.

MARIANA C. ÁLVAREZ

Licenciada en Ciencias de la Comunicación (UBA) con estudios de posgrado internacional Gestión y Política en Cultura y Comunicación (FLACSO, sede Argentina). Candidata a magíster en Sociología de la Cultura y Análisis Cultural por el IDAES-UNSAM.

Investigadora en el proyecto UBACyT "Representaciones de la protesta. Sujetos, memoria y medios de comunicación (Argentina 1921-2007)", directora: Dra. María Graciela Rodríguez, con sede en el Instituto de Investigaciones Gino Germani.